

## Hostilidades en las misiones de las naciones confederadas\*

Francisco Javier Alegre

**E**ntre tanto proseguían en las misiones del Septentrión los continuos sustos y hostilidades de las naciones confederadas, janos, jocomes y apaches [se trata del año de 1696]. Agregáronseles por algún tiempo algunas rancherías de conchos; pero reprimidos oportunamente por el teniente Antonio de Solís, y ajusticiados algunos en Nacorí, donde habían cometido los primeros insultos, se sosegaron bien presto. Aun causó mayor cuidado la voz que corrió no sin fundamento ya a los fines del año, que se habían convocado para una sublevación general todos los pueblos de Tarahumara y de Sonora. Era el alma de esta conspiración un indio apóstata llamado Pablo Quihue, gobernador que había sido del pueblo de Santa María Basieraca, indio ladino, demasadamente verboso, y naturalmente elocuente, capaz de dar gran apariencia de verdad a los asuntos mas inverosímiles, enemigo oculto de los españoles y tanto más temible cuanto sabía según las circunstancias reprimir su rencor y

\*Texto tomado de la "Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España que estaba escribiendo el P. Francisco Javier Alegre al tiempo de su expulsión... Libro noveno", en *Crónicas de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, México, UNAM, 1979 [1841-42], pp. 220-226.

encubrirlo con el más profundo disimulo. Éste comenzó a esparcir entre sus gentes rencores sediciosos. Decíales que habiéndose los de Sonora sometido voluntariamente a la dirección de los padres, poco a poco en sesenta años se había llenado la tierra de soldados, de presidios, de haciendas y de familias de españoles, que en lugar de agradecerles el beneficio de haberlos recibido en su país, se apoderaban del terreno, y aun de sus personas para servirse como de esclavos. Que sus vacas, carneros, caballos y aun sus mujeres y sus hijos habían de estar a su disposición. ¿De qué nos sirven (decía) sus presidios y sus armas? ¿No nos dicen a cada instante que son para defendernos? ¿No nos dicen que vivamos tranquilos en la verdadera religión, en la obediencia del rey y en vida política y civil? Esto nos cantan en sus primeras entradas. Nosotros, insensatos, los recibimos como unos hombres venidos del cielo para nuestro bien. Pero ¿cuál es el cumplimiento de estas magníficas promesas? Ya lo veis. Muchos años ha que asolan nuestro país los apaches, los jocones y los janos, talan nuestros campos y roban nuestros ganados. ¿Y nos han defendido sus presidios? ¿Nos han protegido sus armas, o por mejor decir,



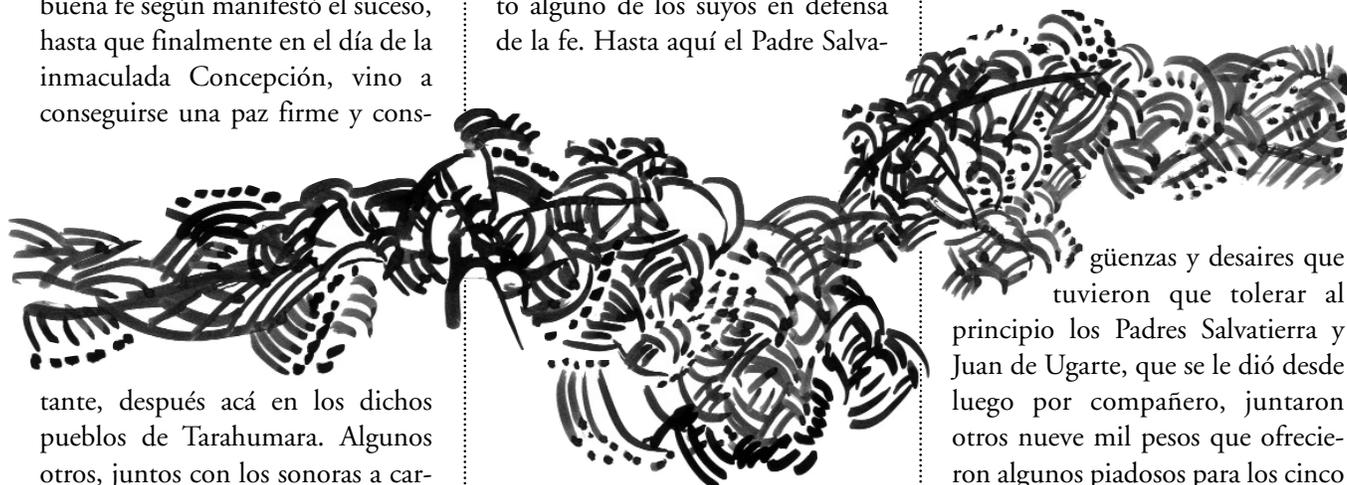
no les ha sido este un medio para destruirnos? ¿Han sido más los Sonoras, los pimas, los tarahumares, los conchos que han muerto a las flechas de los apaches que los que han pericido inhumanamente a sangre fría a manos de los españoles? Al menor ademán que ven o imaginan ver en nosotros los ya reducidos, luego somos apóstatas, traidores a Dios y al rey, enemigos de la patria, parciales de los apaches, o partícipes y cómplices de sus robos. Al instante se arman contra los desarmados, queman, ahorcan, degüellan. ¿Se hace otro tanto con los apaches y con los sumas? ¿Les han visto muchas veces la cara a estos valientes? ¿Les han quitado muchas presas? ¿Harían más en nuestro daño nuestros enemigos que lo que hacen nuestros protectores? ¿Tales eran los discursos de este apóstata! Verisímilmente si se hubieran seguido sus disposiciones y sus consejos habría acabado con todo el nombre español y con toda la cristiandad de aquellas vastísimas provincias: pero una particular providencia permitió que encendidos los ánimos demasadamente con semejantes razonamientos los pueblos de Cuquiarachi, Cuchuta y Teuricatzi prorrumpieran antes de tiempo, sin dar lugar a madurar sus perversos designios. Los moradores de los dichos pueblos repentinamente se apoderaron de estos ornamentos, alhajas de iglesia y demás cosas portátiles, y huyeron a los montes.

Esta precipitación trastornó las ideas y medidas del Quihue. Luego que se supo se pusieron en camino

las compañías, y apenas acababan de respirar de la expedición de los conchos. El general D. Domingo Gironza, y los capitanes D. Juan Fernández de la Fuente y D. José Zubiarte, que se hallaban más cercanos acudieron con diligencia; ésta no impidió del todo; pero al menos disminuyó en gran parte el daño, haciendo que se sofocase sin reventar mucho material de aquella mina. Por lo que mira a los pueblos alzados, por tres ocasiones diferentes obligados de la necesidad, prometieron la paz y volvieron a sus pueblos, nunca con sinceridad y buena fe según manifestó el suceso, hasta que finalmente en el día de la inmaculada Concepción, vino a conseguirse una paz firme y cons-

amotinados con pérdida de sólo ocho de los suyos, y muchos de los enemigos. Empezaron esta acción sin socorro alguno de los españoles, y con igual obstinación de una y otra parte. Duró la batalla desde la mañana hasta la noche; fueron todos a la guerra (dice en carta el Padre Salvatierra) con su rosario, y fué cosa que notaron aun los mismos indios que ninguno quedó herido de la cintura arriba, con lo que se enfervorizaron mucho de la devoción del rosario y tenían a gloria grande los parientes de los difuntos en habérseles muerto alguno de los suyos en defensa de la fe. Hasta aquí el Padre Salva-

tes le habían ofrecido su ayuda, juntó en breve tiempo la cantidad de catorce mil pesos. Se singularizó la piedad de los nobles señores D. Alonso Dávalos, conde de Miravalle, y D. Mateo Fernández de la Cruz, marqués de Buenavista, que dieron luego cada uno mil pesos efectivos. De los otros trece mil tres se juntaron efectivos, y los diez en promesas de diferentes republicanos. D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero de Acapulco, prometió una galeota para el transporte y dio desde luego a la misión una lancha grande. A costa de no pocas ver-



tante, después acá en los dichos pueblos de Tarahumara. Algunos otros, juntos con los sonoras a cargo del cacique D. Pablo perseveraron más tiempo en la deserción y no vinieron a rendirse hasta casi mediado del año siguiente de 1697. Pudo mucho para su perfecta reducción el valor de los tarahumare, serranos, guasaparis y cutecos, antiguos discípulos del Padre Juan María Salvatierra. Estos buenos neófitos no solo no accedieron a los perversos consejos de sus naturales, sino que antes en número de setecientos (según escribe el mismo padre) acometieron a los

tierra, que por este tiempo se hallaba ya en la costa de Sinaloa esperando ocasión de transportarse a su amada California. El modo sensible con que el cielo favoreció esta empresa necesita de más circunstanciada relación.

Luego que el padre Juan María se vió autorizado con la licencia del Padre Provincial para emprender aquel viaje, no pensó más que en buscar como se le mandaba los socorros necesarios. Entre muchas ricas y piadosas personas que ya desde an-

güenzas y desaires que tuvieron que tolerar al principio los Padres Salvatierra y Juan de Ugarte, que se le dió desde luego por compañero, juntaron otros nueve mil pesos que ofrecieron algunos piadosos para los cinco primeros años. La ilustre congregación de los Dolores, fundada en el Colegio de México, algunos años antes, a diligencia del Padre Vidal su fundador, y primer prefecto, dió diez mil pesos para que con sus réditos se sustentase uno de los misioneros, y para otros dos dió veinte mil. D. Juan Caballero de Ocio, presbítero de Querétaro, de quien hemos ya hablado en otra parte, y a cuya magnífica piedad eran deudas casi todas las obras de la gloria de Dios que se emprendían en



sus tiempo, no contento con esta cuantiosa limosna, ofreció al Padre Salvatierra pagar cuantas libranzas viniesen de California firmadas de su mano. Sobre tan sólidos cimientos se pasó a pretender al Excmo. Sr. D. José Sarmiento y Valladares, conde de Mochtheuzoma, que ya desde fines del año antecedente gobernaba el reino, la necesaria licencia para aquella expedición. El fiscal del rey se opuso fuertemente, fundando en las últimas cédulas reales que vedaban intentar de nuevo cosa alguna en California. El Padre Salvatierra respondió breve y sólidamente que la intención de S. M. no era ni podía cerrar las puertas de la salud a los infelices californios; que la prohibición era para el tiempo que durase la rebelión de los tarahumares, en atención a los grandes costos que las dos cosas juntas causarían al real erario; que en la actualidad ni había guerra alguna en aquellas provincias ni en la conquista intentada de californias se gastaba o pedía cosa alguna al

fisco real. En consecuencia de esta representación el día 5 de febrero, concedió el señor virrey su licencia para que los padres Salvatierra y Eusebio Kino pasasen a llevar a la California la luz del Evangelio, sin que por tanto gastasen ni cobrasen cosa alguna del real erario. Se les mandaba tomar posesión de la tierra en nombre de S. M. católica; concedíase a los padres que pudiesen nombrar justicias entre los mismos naturales para el gobierno político; que pudiesen llevar a su costa soldados de escolta, elegir cabos y removerlos, dando cuenta a su escelencia, y que dichos cabos y soldados gozasen todas las exenciones y privilegios de los demás presidiarios.

Este despacho se entregó al Padre Salvatierra el día 6 de febrero, y al siguiente dejando por procurador de los negocios de la misión al Padre Juan de Ugarte, salió de México a entregar el colegio de Tepotzotlán al Padre Sebastián Estrada. Por semana santa llegó a Sinaloa, y

no permitiéndole su celo estar ocioso aquel tiempo que tardaba la galeota en llegar de Acapulco a la desembocadura del Yaqui, pasó a visitar a sus antiguos hijos los baroios, guazaparis y serranos que halló muy firmes en la fe. Ya volvía cuando tornó a encenderse en los tarahumares el fuego de la sedición, de que hablamos poco antes. El Padre Salvatierra llevado de su caridad voló al consuelo de los Padres Nicolás de Prado y Martín Venavides, con grandes peligros (dice el mismo padre) de asaltos y rebates continuos, tanto que la víspera de nuestro santo Padre creí que era el último de mi vida. El 16 de agosto salió para la costa, donde el 14 después de no pequeños riesgos había llegado la goleota. Mientras se proveen de nuevos bastimentos y se espera al Padre Kino que estaba en la Pimería, y que finalmente no pudo ir, pasaron cerca de dos meses hasta el 10 de octubre en que honra la Iglesia la memoria del santo fundador de la Provincia de México, y en que sin esperar a otro nuevo compañero se hicieron a la vela. La tropa de los conquistadores se reducía, fuera del padre, a ocho personas, cinco españoles y tres indios. Algunos otros que quisieron acompañarle los detuvo el alzamiento de los tarahumaras en aquella provincia. Al tercer día de viaje, sábado, y dedicado particularmente a la Virgen santísima en la santa imagen del Pilar de Zaragoza, dieron vista a la California, aunque no desembarcaron enteramente, y de asiento, digámoslo así, hasta el siguiente sábado 19.